



ARZOBISPADO
DE SANTIAGO
VICARÍA PARA LA PASTORAL
DEPARTAMENTO DE CATEQUESIS

Catequesis bíblicas
para **vivir como**
cristianos *en*
tiempos de sufrimiento

Álvaro Ginel SDB



Catequesis bíblicas
para **vivir como**
cristianos *en*
tiempos de sufrimiento

Álvaro Ginel SDB



ARZOBISPADO
DE SANTIAGO
VICARÍA PARA LA PASTORAL
DEPARTAMENTO DE CATEQUESIS

Título original: Catequesis bíblicas para vivir
como cristianos en tiempos de sufrimiento

Autor: Álvaro Ginel sdb

Edición: Marcelo Alarcón Álvarez

Diseño: María Jesús Valenzuela

Publicación de Departamento Arquidiocesano
de Catequesis del Arzobispado de Santiago.

Derechos reservados: © Álvaro Ginel sdb. Se
autoriza la reproducción total o parcial de esta
obra citando a su autor .

Saludo y agradecimiento

Desde siempre el ser humano ha tenido que lidiar con el sentido del dolor y el sufrimiento. Diferentes líneas de pensamiento, filosofías y corrientes religiosas a lo largo de la historia han intentado dar una respuesta coherente, lógica y que, de alguna manera, satisfaga la racionalidad propia de nuestra especie y lo haga de verdad razonable.

Las catequesis que ofrecemos a continuación como Departamento de Catequesis de la Arquidiócesis de Santiago de Chile bajo el título: Catequesis Bíblicas para vivir como cristianos en tiempos de sufrimiento, se inscriben en lo que el Directorio General para la Catequesis describe como catequesis ocasionales:

Para la educación permanente de la fe, el ministerio de la Palabra cuenta con muchas formas de catequesis. Entre otras, se pueden destacar las siguientes: [...] la catequesis ocasional que, ante determinadas circunstancias de la vida personal, familiar, eclesial y social, trata de ayudar a interpretarlas y vivirlas desde la fe.¹

Esta iniciativa del Departamento de Catequesis de la Arquidiócesis de Santiago de Chile nace como una búsqueda de respuesta por el sentido ante el dolor provocado por la pandemia del Covid-19, pero que se extiende a cualquier situación de sufrimiento y dolor que pueda aquejar a una persona, familia o comunidad.

¹ Directorio General para la Catequesis, n° 71.

Para responder a un desafío permanente que nos afecta como seres humanos y como cristianos hemos contado con el valioso trabajo de un gran amigo de la catequesis español, el teólogo español padre Álvaro Ginel SDB². Él ha elaborado una serie de cuatro catequesis e importantes anexos para ayudarnos a penetrar, desde un ejercicio catequístico, en la experiencia del sufrimiento en nuestras vidas.

Agradecemos profundamente al padre Álvaro su cercanía y generosidad para compartir su valioso trabajo con nosotros y hacerlo llegar así a todos los cristianos, especialmente a los catequistas que lo deseen aprovechar en cualquier situación de dolor o sufrimiento que deban enfrentar, pero también abierto a cualquier hombre o

mujer que quiera profundizar en la realidad del sufrimiento humano desde la fe en Cristo.

Pbro. Jorge Barros Bascuñán y Equipo

Departamento Arquidiocesano de Catequesis

Santiago, junio de 2020.

Presentación

Todo nace de una pregunta: ¿Cómo vivir desde la fe esta situación de mal que nos envuelve y encierra en casa, privándonos de libertades esenciales civiles en favor de una sanidad pública? El creyente, ¿cómo convive con el mal? La pregunta surge de una constatación: Está generalizado el pensamiento de que “nunca nos habíamos visto en otra circunstancia parecida”, “desde el final de las grandes guerras, nunca habíamos atravesado una situación tan trágica donde tantas naciones estuvieran involucradas”, “esto es una guerra nueva en la que se lucha de manera muy diferente”, “se están conmoviendo los cimientos de la salud y de la economía mundial”, “mucho va a cambiar el futuro después de esto”, etc. La fe en Jesús, el Resucitado, vencedor de

la muerte, ¿qué nos aporta? Partimos de un presupuesto: *No tenemos palabras que expliquen el mal. Pero sí tenemos una palabra, nacida de la meditación de la Palabra de Dios, que nos ayuda a convivir, como creyentes en el Resucitado, con el mal, venciendo el mal a fuerza de bien.*

Las mujeres y los hombres creyentes de hoy nos encontramos inmersos en lo que vive toda la humanidad. Es bueno traer a nuestra memoria en estos momentos lo que dice la Carta a Diogneto:

“Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por sus costumbres. Ellos, en efecto, no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto.

Su sistema doctrinal no ha sido inventado gracias al talento y especulación de hombres estudiosos, ni profesan, como otros, una enseñanza basada en autoridad de hombres. Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les cupo en suerte, siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de vida y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble. Habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña. Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho. Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el Cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se los condena sin conocerlos. Se les da muerte,

y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo sufren la deshonra, y ello les sirve de gloria; sufren detrimento en su fama, y ello atestigua su justicia. Son maldecidos, y bendicen; son tratados con ignominia, y ellos, a cambio, devuelven honor. Hacen el bien, y son castigados como malhechores; y, al ser castigados a muerte, se alegran como si se les diera la vida. Los judíos los combaten como a extraños y los gentiles los persiguen, y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben explicar el motivo de su enemistad.

Para decirlo en pocas palabras: los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo. El alma, en efecto, se halla esparcida por todos los miembros del cuerpo; así también los cristianos se encuentran dispersos por todas las ciudades del mundo. El alma habita en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; los cristianos viven en el mundo, pero no son del mundo. El alma invisible está encerrada en la cárcel del cuerpo visible;

*los cristianos viven visiblemente en el mundo, pero su religión es invisible. La carne aborrece y combate al alma, sin haber recibido de ella agravio alguno, sólo porque le impide disfrutar de los placeres; también el mundo aborrece a los cristianos, sin haber recibido agravio de ellos, porque se oponen a sus placeres”.*³

Muchas personas, y con ellas también muchos creyentes, se hacen preguntas y en ellas, al final, se esconde una pregunta sobre Dios. “Un Dios que no evita el mal, ¿qué Dios es?”. Una traducción de la pregunta puede ser esta: *¿Qué diferencia hay en el modo de vivir, de afrontar y de reaccionar en estos momentos de “tormenta mundial” entre quien es creyente en el Dios de Jesús de Nazaret y las personas que no tienen fe o viven al margen de su fe bautismal?* Los mensajes que circulan en las redes terminan en eslóganes como: “Quédate en casa”. “Cuídate mucho”. “Obedece las normas que las autoridades dan”. Está muy bien. Es lo que hay que hacer. ¿Puede el

creyente decir “algo más”? ¿Hacer una referencia directamente religiosa a la confianza en Dios? En las fichas para la reflexión cristiana y catequesis que siguen he intentado abordar estas preguntas de fondo. Creo que nos pueden ayudar a dos cosas: refrescar nuestra fe como creyentes ante el problema del mal, y, la otra, recordar que al rezar: Padre nuestro..., decimos al final: “... y líbranos del mal”. Una última aclaración: al elaborar estos apuntes o fichas para unas catequesis, me centro en lo que creo es básico, en lo nuclear de la experiencia cristiana, en los “cimientos del edificio espiritual del cristiano” (DGC 67), dejando el espacio abierto a posteriores alimentos sólidos en la vida ordinaria de la comunidad. Los destinatarios son los adultos. A ellos me dirijo con la confianza de que sean ellos los que, por su modo de vivir y por su modo de comprender, se conviertan en los mejores transmisores de la fe cristiana a los más jóvenes.

Álvaro.

³ Carta a Diogneto, V y VI, s. II d. C. Autor desconocido.



Introducción

En estos momentos, la pregunta, “¿Dónde está Dios?” se la hacen muchas personas: ateos, agnósticos, indiferentes, creyentes de todas las religiones, hombres y mujeres, jóvenes y mayores. Es una pregunta de “temporada”, como hay frutas de temporada, así hay preguntas de temporada. Ahora es la “temporada” de la pandemia generalizada. Es normal que la persona racional se pregunte y que se pregunte últimamente.

En los Salmos, la pregunta “¿Dónde está tu Dios?”, la plantean los no creyentes al creyente: “Las lágrimas son mi pan día y noche, mientras todo el día me repiten: “¿Dónde está tu Dios?” [Sal 42(41),4] Y el creyente, ante la pregunta, recuerda otros tiempos y espera la misericordia del Señor. No se mueve de su fe. En el

Salmo 115(113B), 1-3, el creyente dice: No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria, por tu bondad, por tu lealtad. ¿Por qué han de decir las naciones: “¿Dónde está su Dios?”. Nuestro Dios está en el cielo, lo que quiere lo hace”. De nuevo son los no creyentes los que hacen la pregunta que ahora el creyente incorpora a su oración y sigue confiando en Dios: “Israel confía en el Señor, él es su auxilio y su escudo” (v. 9). En el Nuevo Testamento, la pregunta más cruel y fuerte la plantean en el momento de la cruz: **a)** los que pasaban y meneaban la cabeza: “Tú que destruyes el templo y lo reconstruyes en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz” (Mt 27,39-40). **b)** Lo mismo los sumos sacerdotes y los escribas cuando Jesús está clavado en la cruz: “A otros ha salvado y él no puede

salvarse. ¡Es el Rey de Israel!, que baje ahora de la cruz y creeremos. Confío en Dios, que lo libre si es que lo ama, pues dijo “Yo soy Hijo de Dios” (Mt 27, 42-43). El creyente de hoy, como el de ayer, se hace la pregunta o la escucha a su lado. No responde con una tesis de doctorado, sino con una confianza de creyente, reconociendo, como siempre lo hizo el creyente padre de los creyentes, Abrahán, confiando, creyendo que Dios tiene un plan, y una salida (Gn 22). El creyente bautizado, que ha dado libre acogida a Dios y ha puesto su confianza en el Padre de nuestro Señor Jesucristo, encarnado y nacido de mujer (Lc 2,1-7), y acampado entre nosotros (Jn 1,14) no solo sabe que Dios está en el cielo y lo que quiere lo hace, sino que confiesa que Dios está cercano, en el hermano que sufre, como el samaritano tendido (Lc 10,25-37), y que lo que hacemos a alguien, se lo hacemos a Dios mismo (Mt 25). El creyente en Jesús, para ver a Dios, no mira a lo alto, sino en horizontal. Dios está donde están los pobres: “A estos siempre los tendréis con

ustedes” (Jn 12,8). Por eso, el creyente de hoy, al mismo tiempo que llora al ver el dolor, las lágrimas, la impotencia y contingencia del ser humano, levanta su voz y grita: “¡Mira donde está Dios! ¡Es que no ves que Dios está actuando en tantas manos que acarician y libran del mal!”. “¡No ves cuánta novedad está despertando Dios y su Espíritu en estos momentos!”. En este contexto se inscriben las catequesis que siguen, dirigidas a repensar la fe en Jesús, comenzando por los adultos, en tiempos “malos”.





Nº1

**El trigo y
la cizaña**

***Dios señala una forma
de convivir con el mal y
descubrir allí la gloria
de Dios***

CATEQUESIS 1



El trigo y la cizaña

Déjenlos crecer juntos hasta la siega¹

El Espíritu nos da la inteligencia de la fe

Pastores, catequistas, responsables de la animación de la fe en la comunidad tienen una inquietud: “Ayudar a vivir a nuestros cristianos, especialmente adolescentes y jóvenes, esta situación que atravesamos de pandemia”.

Es loable la preocupación. Es real la formación poco sólida que se advierte en muchos creyentes. Pero no podemos dejar de lado que el Espíritu trabaja, da inteligencia de la fe más de lo que nos

podemos suponer. Creo que en esta línea son muy reconfortantes las palabras escritas por el obispo de Teruel-Albarracín, Don Antonio Cantero.² En ellas se ve una denuncia de algo que le es querido al papa Francisco: la clericalización de la vida cristiana. Algo así como si el Espíritu no alentara a los creyentes nada más que por los que han recibido el sacramento del Orden.

¹ Para todas estas catequesis me inspiro en: CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA. ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, Encuentro con Jesús, el Cristo, Edice, Madrid 2016. Me dirijo a jóvenes y adultos. Para edades más jóvenes será preciso una adaptación por catequistas especialistas en estas edades.

² Cfr. <https://www.iglesiaenaragon.com/la-inusitada-efervescencia>.

- El trigo y la cizaña -

Reflexionamos sobre el mal a partir de la parábola de la cizaña y el trigo. Pertenece al capítulo 13 de las parábolas que nos presenta Mateo. Antes de esta parábola, Jesús ha hablado del sembrador (v. 1-23), después, de la cizaña (v. 24-30); sigue la mostaza (v. 31-32), la levadura (v. 33-35) y la explicación de la parábola de la cizaña (v. 36-46); finalmente, el tesoro y la perla (v. 44-45); la red (v.47-50). La razón por la que Jesús habla en parábolas, no la podemos perder de vista: “les hablo en parábolas porque miran sin ver y escuchan sin oír ni entender” (v. 13).



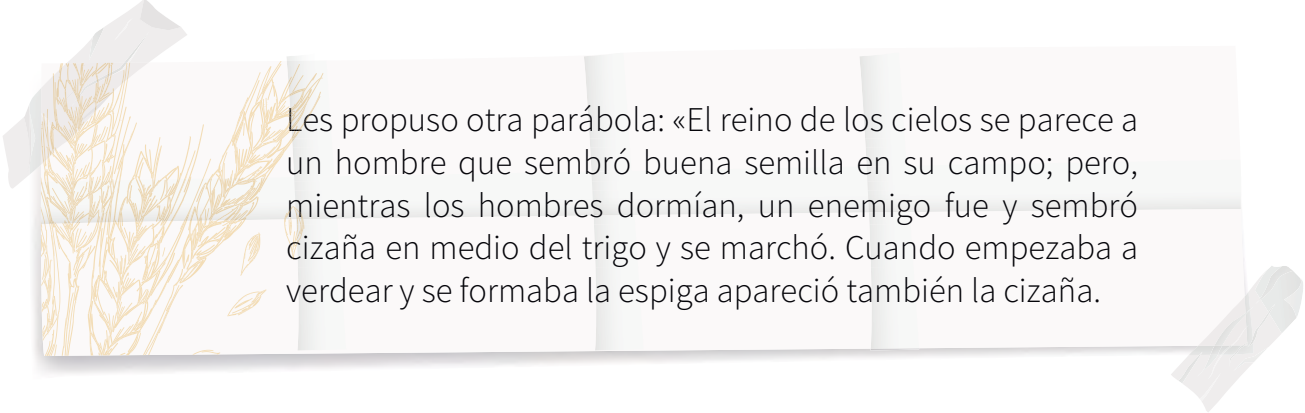
Desarrollo

1. Frases oídas a gente en este tiempo de pandemia y sufrimiento que hagan referencia a Dios tanto para echarle las culpas, como a posturas poco consistentes de la fe. ¿Y yo, cómo me posiciono, qué digo? Es importante escuchar las frases y lo que hay detrás de cada frase para poder reconocer “qué imagen de Dios” hay detrás de cada una.

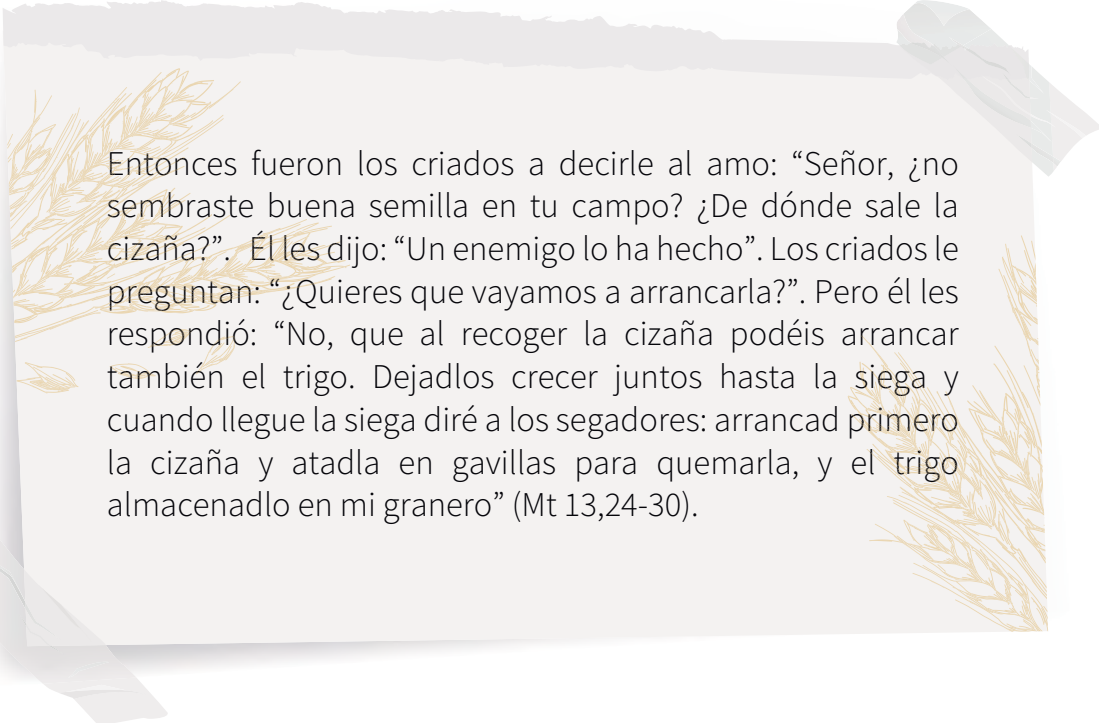
2. “En él vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17,28). El catequista sitúa estas palabras de Pablo a los atenienses, como dirigidas a nosotros. Comentar las reacciones posibles y unir con lo que antes se

hayan comentado en grupo.

3. Leer con solemnidad la parábola de la cizaña y del trigo. Situarla en el contexto en que Mateo la pone.



Les propuso otra parábola: «El reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras los hombres dormían, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó. Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga apareció también la cizaña.



Entonces fueron los criados a decirle al amo: “Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña?”. Él les dijo: “Un enemigo lo ha hecho”. Los criados le preguntan: “¿Quieres que vayamos a arrancarla?”. Pero él les respondió: “No, que al recoger la cizaña podéis arrancar también el trigo. Dejadlos crecer juntos hasta la siega y cuando llegue la siega diré a los segadores: arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero” (Mt 13,24-30).



Tiempo de relectura, de tomar notas personales, de escribir lo que no se entiende. Después, diálogo en grupo.

4. Para entender la Palabra

a) Jesús da por hecho la convivencia cizaña-trigo. Se acabaron frases como: “Yo lo que haría con esa gentuza...”. “A esos, lo mejor es colgarlos a todos, echarlos fuera, etc.”. La realidad es una mezcla de todo.

b) Cizaña = hacer mal, molestar, engañar, idear tramas que extorsionan al prójimo, abusar, maltratar, aprovecharse, etc. Una presencia que causa daño de mil maneras.

c) Trigo = hacer el bien, gestos pequeños, aplausos, etc. Pero se ve mejor y explícitamente detallado en Mateo 25,31-46.

d) Hay final, en ese final las cosas se ponen en su sitio. Estar con la cizaña no es para tomar postura de cruzarse de brazos, sino tomar con forma de actuar “no te dejes vencer por el mal, antes vece al mal con el bien” (Rm 12,21).

5. Un tiempo para escribir, revisar la manera que tenemos de funcionamiento, ver lo que esta Palabra de Dios me aporta, me exige cambiar. También traer a la memoria personas que están siendo muy sencillamente “trigo” en medio de la cizaña.

6. Rezar la segunda y tercera parte de la letanía de los Santos: modificarla, adaptarla a nuestro hoy. Escribir una oración personal según los sentimientos suscitados, después leerla en el grupo. Puedes encontrar las Letanías de los Santos en el Anexo.

Para ir más allá

Otros textos

- El amor no hace mal a su prójimo, por eso la plenitud de la ley es el amor (Rm 13,10).
- Si el mundo os odia, sabed que antes me ha odiado a mí. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya, pero como no sois del mundo, sino que yo os he elegido sacándoos del mundo, por eso el mundo os odia (Jn 15,18-19).
- Las palabras que podrían salir de la boca de muchas personas hoy que de pronto son confinadas o arrasadas por la muerte: “¹⁰Yo pensé: «En medio de mis días | tengo que marchar hacia las puertas del abismo; me privan del resto de mis años». ¹¹Yo

pensé: «Ya no veré más al Señor en la tierra de los vivos, ya no miraré a los hombres entre los habitantes del mundo. ¹² Levantan y enrollan mi vida como una tienda de pastores. Como un tejedor, devanaba yo mi vida, y me cortan la trama». Día y noche me estás acabando, ¹³ sollozo hasta el amanecer. Me quiebras los huesos como un león, día y noche me estás acabando. Estoy piando como una golondrina, gimo como una paloma. Mis ojos mirando al cielo se consumen: ¡Señor, me oprimen, sal fiador por mí!» (Is 38,10-14. Cf. Laudes segunda semana).

Credo

- La Iglesia confiesa: “Espero la resurrección de los muertos y la vida futura”.

Acción-reflexión

- Hacer una recopilación de datos: Qué hace la comunidad cristiana sembrado “trigo” hoy en medio del mundo (personas, instituciones, congregaciones, misioneros...) sin pedir “carnet de identidad...”. Y tantas y tantas cosas que suscita el Espíritu y no se ven.



Nº2

La Torre de Siloé

*No murieron porque
fueran pecadores*



CATEQUESIS 2

La Torre de Siloé

No murieron porque fueran pecadores

Dios no es vengativo

Sin darnos cuenta, o dándonos cuenta, a veces decimos: “¡Está bien! ¡Y más les tenía que haber ocurrido, por ...”, reconocemos la barbaridad, y enseguida añadimos: “¡Que Dios me perdone!”. Esto nos sale cuando dejamos hablar la visceralidad que llevamos dentro. Las cosas que ocurren, como tantas muertes y contagios o tramas que alimentan el mal, no nos dejan indiferentes. Levantan sentimientos. Los medios de comunicación intentan “subirnos la moral”, pero debajo hay un montón de preguntas que muchas veces no tienen respuesta. En la primera catequesis hemos visto lo que Jesús dice a los suyos

sobre esta convivencia del trigo y la cizaña. Es algo que él mismo sufrió. A Pilato le dice: “Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia hubiera luchado” (*Jn 18,36*). Llega un momento en que el mal te golpea, te mata, te hace mártir. Es una posibilidad.

Se trata de ver nuestra realidad, la que es, con los ojos puestos en aquel en quien decimos que creemos y que nos ha hablado de su Padre: “No hago nada por mi cuenta, sino que hablo como mi Padre me ha enseñado. El que me envió está conmigo; no me ha dejado solo” (*Jn 8,28-29*).

A nuestro lado vemos “lo que nunca la humanidad había vivido” en la historia más reciente: una pandemia que ha paralizado al mundo con el coronavirus **Covid19**. Es un signo del mal. Muchos se preguntan: “¿Por qué deja que pasen estas cosas? Inmersos en esta realidad es normal que surja la pregunta del creyente: ¿Cómo ser creyente en este ambiente del poder del mal que nos llena de miedo y de pesimismo?

Tener un culpable bien determinado parece que nos tranquiliza y nos pone al margen del problema: “Esto no va conmigo porque el culpable es...”. Quizás sea la postura más cómoda, pero no la mejor postura, al menos, no la que Jesús propone.

Los acontecimientos naturales de desastre o el mal imperante son, para el creyente, ocasión de purificar la idea de Dios que tiene formada.



Desarrollo

Nota pedagógica. Partimos de que las personas, en pequeñas frases, revelamos “la filosofía que nos hemos edificado”, la interpretación racional personal de los acontecimientos. Así, por ejemplo, en la frase “percibo que hay mucho miedo”, hay que llegar más allá: ¿qué clase de miedo?, ¿qué nos produce el miedo?, ¿cuál es mi miedo...? Se trata de ir a la vida reflejada en lo que pronunciamos para no quedarnos en un hecho superficial. El miedo de cada persona es original y diferente.

1. Ponemos sobre el tapete las frases culpabilizantes que escuchamos o nuestras propias tendencias culpabilizantes. ¿Se alude o se silencia a Dios como culpable? Podemos clarificarlas:

- a)** las que *le echan la culpa*;
- b)** las que indican que *el mal es una confirmación de que Dios no existe* o no nos vale para nada porque no lo frena;
- c)** las que confiesan y confían en Dios a pesar de todo.

2. ¿Qué pregunta de fondo hay en todo lo que decimos? ¿Estamos, aunque lo disimulemos, o abiertamente lo confesemos, aludiendo a la fragilidad humana que busca dónde agarrarse o una forma concreta de agarrarse, es decir, de salvarse? ¿Y si la salvación del “chaparrón que está cayendo” no fuese la que nosotros imaginamos o como nosotros imaginamos? ¿Qué tiene que ver Dios en todo esto que vivimos?

¿Cómo percibes que esta situación está haciendo pensar a la gente? Elige una palabra que estés percibiendo de manera más fuerte en tu ámbito de amistades: evadirse, entretenerse, no

pensar, interrogarse, cumplir las normas de higiene para no contaminarnos, añoranza de las libertades que no tenemos, esto pasará y todo volverá a ser igual...

3. Lectura de Lucas 13,1-5

Nota pedagógica. Cuidar mucho la proclamación, no solo lectura, del texto. Creer verdaderamente que el texto está cargado de fuerza y de Espíritu de Dios que habla hoy. Es el mismo Espíritu que por el bautismo habita en todo bautizado y anima a toda persona, pues todos somos “hijos de Dios”. El catequista no tiene la “llave” total del sentido del texto. Sí, pedagógicamente, tiene palabra de guía, una palabra personal y una palabra que recoge la vida y el sentir de la comunidad creyente.

En aquel momento se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de los sacrificios que ofrecían. Jesús respondió: «¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que

los demás galileos porque han padecido todo esto? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis lo mismo. O aquellos dieciocho sobre los que cayó la torre en Siloé y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera».

4. Tiempo de escucha, de relectura del texto, de interiorización. Señalar personalmente la primera impresión ante la lectura, lo que no se entiende, las preguntas que surgen. ¿Hay alguna pista en este relato bíblico para “leer” nuestra realidad hoy?

5. Ayudar a entender la Palabra. El catequista puede guiar una reflexión.

- Este relato solo lo encontramos en Lucas. *Algunos se presentan a contar,* dice, sin más precisión que “algunos”

(podemos ser nosotros). Aluden a hechos “que claman al cielo” y que todos tienen muy presentes. Los interlocutores quieren saber el pensamiento de Jesús. Da la impresión de que “ocultan” una pregunta implícita. Jesús responde a lo no preguntado (la pregunta oculta): “¿creen que los que murieron, murieron por ser pecadores?”.

- Corta tajantemente que haya relación directa entre *lo ocurrido a los que murieron y que estas muertes por un desastre sea por culpa de eran pecadores*. Jesús es rotundo: “Les digo que no”. Y abre otra pista: “Si viendo estas cosas no se convierten, todos perecerán”. Jesús propone: lo que sucede, venga de donde venga, es *invitación, llamada, toque de atención para conversión personal y comunitaria, para estar preparado(s)* porque puede pasar que, en otra ocasión, seamos nosotros los afectados, ¿y cómo nos encontrará la muerte?
- Dios no es vengativo: no manda catástrofes para vengarse de la gente. Esa mentalidad es propia de un Antiguo

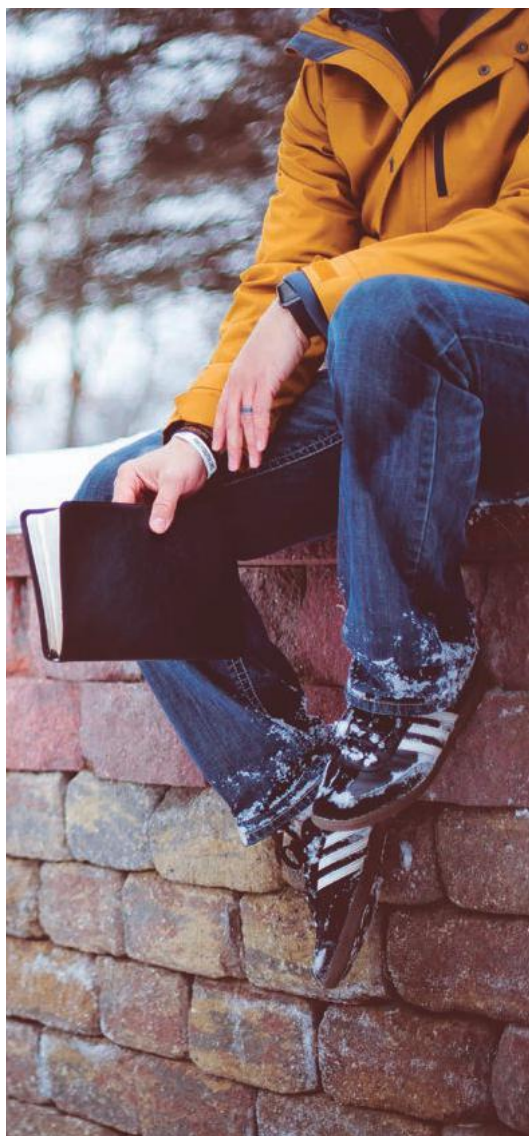
Testamento superado por Jesús. Dios va renovando continuamente, a partir del diluvio, la alianza con la creación y con la humanidad (*Gn 9,12-17*). En el Éxodo, en multitud de ocasiones, Dios se arrepiente y reafirma la alianza (*Éx 32,11-14*). La gran alianza la vemos en el libro de *Josué 24*. Y en los profetas, *Isaías 54,1-4*.

- El cumplimiento último de esta alianza (que es lo totalmente opuesto a revancha), es la entrega de Jesús hasta la muerte. En la cena pascual anuncia: “Beban todos de él, porque esta es mi sangre de la alianza, que será derramada por muchos para el perdón de los pecados” (*Mt 26,2.7.28*). Dios solo sabe amar. Dios solo sabe reunir y empujar a todos hacia lo mejor. Dios es más grande que los pequeños pensamientos en los que creemos encerrarlo. Dios, en su Hijo Jesús, grita con todos los hombres y mujeres, lleno de confianza: “¿Por qué me has abandonado?” (*Mt 27,46*).

Dios demuestra que no abandona al que se entrega confiado y entregando la vida (Mt 28,6-7).

- El mal es una llamada a obrar rectamente. A lo mejor, una respuesta a la pregunta de quién tiene la culpa es “todos tenemos la culpa”, todos tenemos que convertirnos. Dios siempre salva.

6. Tiempo de oración. A partir del comentario, invitar a escribir una oración personal centrada en la originalidad y postura de Jesús cuando le “sacan” este tema de sucesos calamitosos: puede ser oración de pregunta, de desconcierto, de sorpresa al ver cómo trata Jesús el problema. Acabar con una oración que nos ayude a confiar en Dios. Proponer este versículo para la oración: “No lloren por mí, lloren por ustedes y por sus hijos...” (Lc 23,28.29-31). Jesús está en la misma línea: lo que están viendo les envía a sus propias vidas y a las de sus hijos. No solucionarán nada solamente llorando por alguien sin hacer nada por ustedes mismos y por los otros.



Para ir más allá

TEXTO BÍBLICO

Lucas 13,34

¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas, y no habéis querido. Mirad, vuestra casa va a ser abandonada.

Plegaria eucarística D/2

Porque no abandonas nunca la obra de tu sabiduría, sino que obras con tu providencia en medio de nosotros. Guiaste a tu pueblo Israel por el desierto con mano poderosa y brazo extendido; ahora acompaña a tu Iglesia,

peregrina en el mundo, con la fuerza constante del Espíritu Santo y la conduces por el camino de la vida temporal hacia el gozo eterno de tu reino, por Cristo, Señor nuestro.

Homilía del papa Francisco el Miércoles de Ceniza de 2020¹

Necesitamos limpiar el polvo que se deposita en el corazón. ¿Cómo hacerlo? Nos ayuda la sincera llamada de san Pablo en la segunda lectura: “¡Dejaos reconciliar con Dios!”. Pablo no lo sugiere, lo pide: «En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios» (2 Co 5,20). Nosotros habríamos dicho: “¡Reconciliaos con Dios!”. Pero no, usa el pasivo: *Dejaos reconciliar*. Porque la santidad no es asunto nuestro, sino es gracia. Porque nosotros solos no somos capaces de

eliminar el polvo que ensucia nuestros corazones. Porque sólo Jesús, que conoce y ama nuestro corazón, puede sanarlo. La Cuaresma es tiempo de curación.

Entonces, ¿qué debemos hacer? En el camino hacia la Pascua podemos dar dos pasos: el primero, *del polvo a la vida*, de nuestra frágil humanidad a la humanidad de Jesús, que nos sana. Podemos ponernos delante del Crucifijo, quedarnos allí, mirar y repetir: “Jesús, tú me amas, transfórmame... Jesús, tú me amas, transfórmame...”. Y después de haber acogido su amor, después de haber llorado ante este amor, se da el segundo

paso, para no volver a caer *de la vida al polvo*. Se va a recibir el perdón de Dios, en la confesión, porque allí el fuego del amor de Dios consume las cenizas de nuestro pecado. El abrazo del Padre en la confesión nos renueva por dentro, limpia nuestro corazón. Dejémonos reconciliar para vivir como hijos amados, como pecadores perdonados, como enfermos sanados, como caminantes acompañados. Dejémonos amar para amar. Dejémonos levantar para caminar hacia la meta, la Pascua. Tendremos la alegría de descubrir que Dios nos resucita de nuestras cenizas.

Salmo 31(30),1-6

A ti, Señor, me acojo:
no quede yo nunca defraudado;
tú, que eres justo, ponme a salvo,
inclina tu oído hacia mí;
ven aprisa a libramme,
sé la roca de mi refugio,
un baluarte donde me salve,

tú que eres mi roca y mi baluarte;
por tu nombre dirígeme y guíame:
sácame de la red que me han tendido,
porque tú eres mi amparo.
A tus manos encomiendo mi espíritu:
tú, el Dios leal, me librarás.

Testimonio

“Viendo el mal que avanza, la impotencia porque no se llega a todos, las soledades que dejan en desamparado, la muerte que pudo evitarse, pero no había una cama medicalizada, la selección de los que sí deben recibir un respirador salvador y de los que no, la gente que aprovecha el dolor para sacar tajada política económica, me siento hundida, y triste, muy triste. Pero también, a mi lado veo gestos que admiran: las miradas de los que me miran

esperando salvación de mi acción sanitaria, las sonrisas de gratitud, los gestos de voluntarios, la entrega de los profesionales, los aplausos, las palabras de ánimo, las noticias de pequeñas cosas que se hacen por doquier. La vida y la muerte se juegan juntas. Pero hay que estar abiertos a descubrir lo bueno, que está justo mezclado con lo malo”.

Concilio vaticano II, Gaudium et spes 37 y 38

Exhortación apostólica *Christus vivit*

Un Dios que es amor: 112-117

Cristo de salva: 118-123

¡Él vive!: 124-129

El Espíritu da vida: 130-133



Nº3

La higuera
sin frutos

*Señor, déjala todavía
un año más*



CATEQUESIS 3

La higuera sin frutos

Señor, déjala todavía un año más

Dios nos da tiempo para que demos buenos frutos

Esta catequesis es continuación de la anterior. El catequista lo hará notar a la hora de proclamar la palabra en el grupo. El evangelista pone la parábola que sigue como complemento o explicación de la postura de Jesús ante quienes piensan que los males son castigo de Dios por lo que hacemos. Como mucho, será castigo que nos infligimos a nosotros mismos por lo que hacemos, o mal-hacemos. Dios está tan ocupado en amar que no tiene tiempo para vengarse, como dicen algunos.

Jesús, en vez de perderse en explicaciones sobre el mal, siguiendo su

pedagogía de anuncio del Reino, pone una parábola, un texto abierto que puede ser siempre leído en diversas coordenadas y siempre actual: *la higuera sin fruto*. La parábola vela y desvela, según el corazón de quien la escucha (Mt 13,10-17).

La llamada que hace Jesús a la conversión en la vorágine del mal es una constatación que hoy percibimos cuando palpamos gestos de cambio de actitudes que nos sorprenden: bondad, imaginación, grito generalizado: *las cosas van a cambiar mucho a partir de ahora...*

Desarrollo

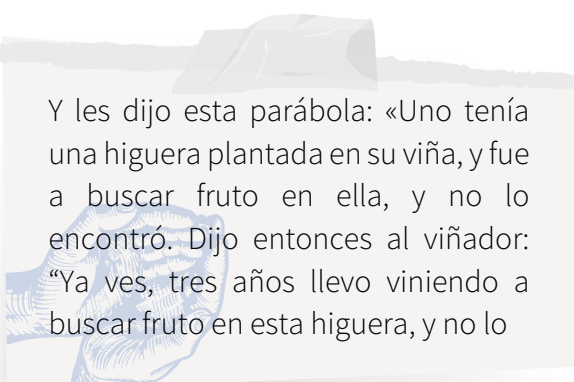
Nota pedagógica. Es importante “hilar” una catequesis con otra para no perder los matices y las diversas perspectivas que la Palabra de Dios nos ofrece.

1. Abrir un diálogo sobre las resonancias que cada uno guarda en su corazón sobre lo tratado en las catequesis anteriores. Hacer la pregunta personal: ¿Qué va descubriendo cada uno para situarse y responder con postura de fe seria a la “convivencia” con el mal en el día a día? ¿Ante qué nos revelamos con más o menos fuerza? ¿Qué es lo que no entendemos o necesitamos aclarar un poco más? En una palabra, ¿qué síntesis personal va elaborando cada uno?

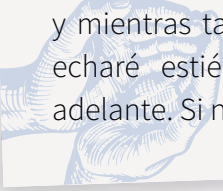
2. El problema de fondo: el mal siempre es un reto a la razón y al creyente. No tenemos una respuesta escrita en fórmula. Sí tenemos vidas de hombres y mujeres creyentes, desde Job hasta nuestros días, pasando por el modelo clave de Jesús de Nazaret, que han convivido con el mal sin dejar de ser creyentes. A estas vidas nos abrimos. El silencio grita al corazón de Dios

y Dios sale (a su modo) en favor de quien suplica. Lo que el silencio confiado no puede hacer jamás es imponer a Dios cómo actuar, sino confiar en que Dios actúa “de modo divino”. Dios sí nos dice, claramente, lo que tenemos que hacer. Es momento para poder compartir en el grupo nuestra experiencia y la de personas que conocemos, su vivencia del dolor, su convivir con el mal.

3. Leer Lucas 13,6-9.



Y les dijo esta parábola: «Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró. Dijo entonces al viñador: “Ya ves, tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo



encuentro. Córdala. ¿Para qué va a perjudicar el terreno?”. Pero el viñador respondió: “Señor, déjala todavía este año y mientras tanto yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto en adelante. Si no, la puedes cortar”».

- Acogida en silencio. ¿Qué es lo importante en este texto? Imagina que estás presente en la escena narrada, ¿qué se te ocurre preguntar?

4. Para entender el texto

a) Nos fijamos en las cifras: tres años esperando el amo a que diera fruto la higuera. Gracias al ruego del viñador, se añade uno más. El amor ha esperado mucho y añade aún más tiempo. Jesús no responde a la causa de los acontecimientos trágicos que están en el origen del pasaje. Centra la atención en la conversión de cada persona. ¿Qué es la conversión? Podemos responder con *Mateo 25*: “Lo que hicieron a uno de estos... a mí me lo hicieron”. Conversión es amar y vestir al hermano. Hay otros matices importantes. Conversión no es escuchar la

bueno nueva; hay que dejarse cambiar por lo escuchado *Mateo 7,12-29*.

b) Otra respuesta clara de Jesús sobre la conversión la vemos en Juan, “La obra de Dios es esta: que crean en el que él ha enviado... el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo”. Entonces dijeron: “Señor, danos siempre de este pan” (*Jn 6,28.33*).

c) Los evangelios sinópticos comienzan con un imperativo pronunciado por Jesús: “Conviértanse, porque está cerca el reino de los cielos” (*Mt 4,17*). “Conviértanse y crean en el Evangelio” (*Mc 1,15*). La conversión es la aceptación incondicional que la persona hace de Jesús como Mesías y Señor, y de sus gestos y palabras como estilo y manera coherente de vivir. Y esto no son palabras bonitas, ni suspiros del corazón, sino obras, teoría hecha vida (Cf. *Mt 7,24*).

d) Resulta también curioso en la parábola que quien salva a la higuera de que sea talada no es ella misma, sino el viñador, que intercede por ella, que se

compromete a tratarla con “cuidados intensivos” durante un año más. El viñador tiene opinión positiva de la higuera. Ve con mirada positiva que puede dar frutos. Interesante actitud. Se abre aquí un tema amplio de reflexión en grupo: ¿Quiénes reconocemos que están interviniendo y cuidando *nuestra* planta? ¿Qué tarea se abre aquí a los seguidores de Jesús? Hay muchas formas de vencer el mal a fuerza de bien, y de hacer crecer el número de personas que rieguen lo que está seco... (Cf. *Secuencia de la solemnidad de Pentecostés*).

5. Un tiempo de silencio y para escribir, cada uno, sus resonancias personales ante esta palabra y ante esta manera de actuar que se nos propone abierta, sin “reglamento preciso”, pero con ojos de confianza en Dios y amor activo y positivo. Es necesario reflejar por escrito lo que cada uno va asumiendo.

6. Oración. Rezar con alguno de estos salmos:

- 27(26): “El Señor es mi luz y mi salvación”

- 23(22): “El Señor es mi pastor”
- 51(50): “Misericordia, Señor, por tu bondad”
- 91(90): “Señor, refugio mío, alcázar mío”
- 121(120): “Levanto mis ojos a lo alto, ¿de dónde me vendrá el auxilio?”

Hacer una oración personal situándose como “higuera estéril” de la que el Señor ha tenido misericordia. Recitar después la oración en el grupo. Tras cada intervención puede haber una súplica común: “*Señor, deja a N. un tiempo más*”. “*Gracias por tu misericordia*”. “*Gracias por el viñador...*”.

Para ir más allá

Mateo 7,12-28

Así, pues, todo lo que desean que los demás hagan con ustedes, háganlo ustedes con ellos; pues esta es la Ley y los Profetas. Entren por la puerta estrecha. Porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos entran por ellos. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosto el camino que lleva a la vida! Y pocos dan con ellos.

Cuidado con los profetas falsos; se acercan con piel de oveja, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conocerán. ¿Acaso se cosechan uvas de las zarzas o higos de los cardos? Así, todo árbol sano da frutos buenos; pero el árbol dañado da frutos malos. Un árbol sano no puede dar frutos malos, ni un árbol dañado dar frutos buenos. El árbol que no da fruto bueno se tala y se echa al fuego. Es decir, que por sus frutos los conocerán.

No todo el que me dice “Señor, Señor” entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en

los cielos. Aquel día muchos dirán: “Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre y en tu nombre hemos echado demonios, y no hemos hecho en tu nombre muchos milagros?”. Entonces yo les declararé: “Nunca los he conocido. Aléjense de mí, los que obran la iniquidad”.

El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca. El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos e irrumpieron contra la casa, y se derrumbó. Y su ruina fue grande». Al terminar Jesús este discurso, la gente estaba admirada de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad y no como sus escribas.

Ezequiel 33,11

Pues díles: “Por mi vida —oráculo del Señor Dios— que yo no me complazco en la muerte del malvado, sino en que el malvado se convierta y viva. Conviértanse,

conviértanse de su perversa conducta. ¿Por qué se obstinan en morir, casa de Israel?”.

Una reflexión del papa Francisco

El papa Francisco convocó a los creyentes a orar en medio de la pandemia, el día 27 de marzo de 2020. El arma más eficaz en el mal es la oración¹.

«¿Por qué tienen miedo? ¿Aún no tienen fe?». El comienzo de la fe es saber que necesitamos la salvación. No somos autosuficientes; solos nos hundimos. Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas. Invitemos a Jesús a la barca de nuestra vida. Entreguémosle nuestros temores, para que los venza. Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo, no se naufraga. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo. Él trae serenidad en

nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere.

El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor. En medio del aislamiento donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros,

¹ http://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2020/documents/papa-francesco_20200327_omelia-epidemia.html

experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado. El Señor nos interpela desde su Cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. Is 42,3), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza.

Abrazar su Cruz es animarse a abrazar todas las contrariedades del tiempo presente, abandonando por un instante

nuestro afán de omnipotencia y posesión para darle espacio a la creatividad que sólo el Espíritu es capaz de suscitar. Es animarse a motivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad. En su Cruz hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que nos ayuden a cuidarnos y a cuidar. Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza.

Nada será ya igual

“¡Nunca hubiera pensado cosa igual!”.

El mal no para
y no deja de sacar
del fondo de los corazones
el bien que vencerá
y nada ya será igual:
seremos muchos mejores.

Secuencia de Pentecostés

Oración que rezamos los creyentes sabiendo que el Espíritu Santo rompe las fronteras y está activo de mil maneras, dentro y fuera de la Iglesia.

Ven Espíritu Divino,
manda tu luz desde el cielo,
Padre amoroso del pobre;
don en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.
Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre

si Tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus Siete Dones
según la fe de tus siervos.
Por tu bondad y tu gracia
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.



Nº4

La curación del ciego de nacimiento

*También en el mal se
manifiesta la Gloria de Dios.
Las situaciones de mal están
cargadas de gérmenes de
bondad divina.*

CATEQUESIS 4



La curación del ciego de nacimiento

*También en el mal se manifiesta la Gloria de Dios.
Las situaciones de mal están cargadas de gérmenes
de bondad divina.*

Entender el mal es un camino de fe

Dios tiene intervenciones que nos suelen “descolocar”. Estamos invitados a descubrir nuestra tentación de “manipular a Dios”, que en la tradición bíblica es sencillamente las ganas expresadas en la afirmación “Serán como Dios” (Gn 3,5). Somos unos expulsados del jardín inicial y eso conlleva el dolor, el mal y echar culpas al que nos expulsó. Pero la responsabilidad de la expulsión recaía en ellos.

Entender el problema del mal no es una idea lógica, una definición de Dios simplona. Entender el problema del mal es ejercicio de descubrimiento progresivo del Dios revelado en la

historia y, finalmente, en Jesús de Nazaret, el Cristo. Por tanto, es un camino de fe más que el aprendizaje de teorías.

En las situaciones que muchos ven pecado y ausencia de Dios, o demostración clara de que Dios es ajeno a todo lo que sus criaturas viven, Jesús nos invita a estar atentos porque también en pleno mal es posible descubrir la manifestación de Dios. Podríamos recordar, por ejemplo, el centurión romano y sus hombres, que custodiaban a Jesús, que al ver el terremoto y lo que pasaba dijeron aterrorizados: “Verdaderamente este era Hijo de Dios” (Mt 27,54).

Desarrollo

Nota pedagógica. Si las catequesis anteriores nos presentaban un “saber estar de pie” ante el mal y una llamada a la conversión personal y comunitaria, el relato de la curación del ciego de nacimiento nos lanza aún más allá: en medio del mal hay también manifestación del amor de Dios. Dios se va revelando en hechos, de manera progresiva. Los hechos están ahí, abiertos, y siguen hablando. Dios nos educa poco a poco. Necesitamos tiempo para remodelar el corazón. Esto es más costoso y prologando que aprender una fórmula.

1. Abrir un diálogo: ¿En qué han contribuido las catequesis que preceden a ver de otra manera a Dios, a entender la situación que vivimos de pandemia, a situarnos como creyentes que saben dar razón de su fe ante el mal? Recordar comportamientos y expresiones nuestras después de conocer una mala noticia: “Estoy impresionado”. “Qué mal me ha dejado”. “No me concentro, no puedo seguir, no soy capaz de evadirme y de trabajar”. “No hago nada más que llorar”.

También nos impresiona cuando vemos la entereza de quien vive una situación trágica con fortaleza. Decimos: “Tal persona nos daba ánimos a nosotros; no sé de dónde los

saca...”. Conmueve y estremece ver a un niño enfermo: “¿Por qué?”, nos preguntamos. Y brota un sentimiento de compasión, de rebeldía, de impotencia, etc. Situaciones de estas no son historias de ficción. Es vida de hombres y mujeres con corazón y con razón. No tenemos ni palabras, ni soluciones. A veces acabamos diciendo: “No entiendo el obrar de Dios”. Algunos exclaman: “Es su voluntad”.

¡Hay que corregir el lenguaje! *Jamás la voluntad de Dios es el mal, la enfermedad, la pandemia, la guerra...*

Será bueno que en el grupo salgan estas cosas y se puedan hablar. Hay lenguajes

“aparentemente cristianos” que reflejan una idea “no cristiana de Dios”. Dios solo quiere la felicidad y el bien de todos. Lo de Dios es amar.

2. De fondo. Catequista, aquí tienes una explicación para que puedas ayudar al grupo. También puedes consultar el *Anexo*.

- Como perspectiva global: sé consciente de que estamos ante preguntas fundamentales: *¿Quién y cómo es Dios? ¿Quién soy yo?* Pero no solo tenemos preguntas, sino que tenemos respuestas personales que nos hemos fabricado a lo largo de nuestra historia personal (familia, personas, trabajo, estudios, psicología, triunfos, fracasos, miedos, etc.), con las herramientas y conocimientos humanos y de experiencia cristiana que poseemos. Nos hemos hecho un “esquema de Dios”, cada uno el suyo, *como si Dios fuera así*. ¡Hemos encuadrado a Dios! Y de ahí nos es difícil salir. Pero Dios es inabarcable. El mal, en un instante, nos pide una respuesta rápida, o nos devela que la que teníamos es insuficiente ¡o falso! Ante el mal, saltan por los aires los esquemas de Dios prefabricados o mal fabricados.

- No perdamos de vista que, por duro que nos parezca, sigue siendo verdad “en él (Dios) nos movemos, existimos y somos” (*Hch 17,28*). También ahora, en la pandemia.

- ¿Cuál es el problema? Creo que muchos de nosotros funcionamos con esta simplicidad: *Dios = vida de rosas o de bien y ausencia de dolor*. Es una falsedad inicial que condiciona todo. Parecería que donde hay mal no está Dios. El mal sería un “territorio que Dios no frecuenta”. Pero una pregunta: ¿y la cruz? ¿era o no territorio de mal? ¿estaba allí o no estaba Dios? ¿está hoy donde se hacían y mueren personas en los hospitales?

- En la cruz de Cristo, que no había muchas rosas y sí mucho dolor, Dios estaba, pero no estaba del modo que nosotros imaginamos, ni el mismo Jesús, posiblemente, cuando dio el grito: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (*Mt 27,46*). Dios no coincide con expectativas y

construcciones que de él nos hacemos. Así de claro.

- Dios está y se está manifestando hoy en medio del mal. Por ejemplo, en la ternura de hombres y mujeres que cumplen su trabajo y ayudan, en las iniciativas que surgen en medio del mal para contrarrestar el mal, en la solidaridad, en las preguntas ocultas que muchos se están planteando, en las acciones que el Espíritu de Jesús está haciendo surgir.
- En la apertura de ojos que se está dando al contemplar nuestra forma de vida y nuestra manera de tratar el planeta; por resumir, Dios está allí donde surge un gesto que hace sonreír y es ayuda, amor y fraternidad. Sí, Dios está en esta situación de mal haciendo resplandecer el bien y ayudándonos a romper ideas falsas sobre él. No es que Dios nos tenga que hacer caso a lo que pensamos que él tendría que hacer, sino que tenemos que abrir los ojos y ver la bondad de Dios que resplandece en la dura realidad.
- Y quedarnos “atónitos”, sin palabras, reconociendo que Dios no es como nosotros pensamos, sino como Jesús nos revela y

como en Jesús se revela. Esto nos sitúa en una humildad inmensa, nos rompe a *priori*, nos hace más caminantes, más seguidores, menos prepotentes, más sencillos, más discípulos que no han llegado (¡ni llegarán!) a “entender perfectamente” el corazón de Dios... ¡Aceptemos ser creaturas, no dioses, ni endiosados! ¡Es un pecado de soberbia creer que “entendemos del todo a Dios”!

- La frase “*que sea lo que Dios quiera*”, que muchos dicen, tiene que ser bien entendida. Se tiene que parecer a la pronunciada por María: “*He aquí la esclava del Señor*” (Lc 1,38). María la pronuncia con libertad, asumiendo su responsabilidad y dando “permiso” a Dios para intervenir en su vida. Lo cual le llevará a que su vida será “atravesada por una espada de dolor” (Lc 2,35). Se tiene que parecer a la que dice Jesús en su oración en el Huerto: “*Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz. Pero no se haga como yo quiero, sino como tú quieres*” (Mt 26,39).

- En ambas oraciones no hay quietismo ni cruzar los brazos, sino aceptación de la propia vida, con todo lo que ello implica de entrega de la vida por amor, ya que con libertad se ha dado protagonismo a Dios y no se ha impuesto a Dios nada. Decir “que sea lo que Dios quiera” no nos exige de renunciar a la búsqueda del bien y a la colaboración con los que trabajan el bien de todos.
- No podemos silenciar, además, que en esta situación de pandemia, hay un tema crucial para la persona: la muerte. Así de sencillo, ¡y de último! La muerte, en muchas esferas de la vida (¡al menos hasta ahora!), es silenciada, acorralada, ocultada; buscamos que no se note, que solo aparezca “lo bonito de la vida”. La muerte da miedo, causa pánico y lástima: “¡se va a morir, cuando más podía gozar de la vida al estar jubilado; no es justo!”, se oye decir.
- Nuestro mundo prefiere “no tocar el discurso sobre la muerte”. Ni la muerte física, ni las muertes pequeñas, es decir, los reveses de la vida que los llevamos en general mal. Las arrugas que salen, el pelo que se cae, la figura que se nos deteriora, la enfermedad, el trabajo que falta, el trato con el jefe, el trato

con la familia o con la persona escogida para hacer un proyecto de vida..., en resumen, las pequeñas muertes que nos rompen los planes hechos... y nos hacen exclamar ¡ahora que ya tenía hecho mi plan!

- Nos creemos “dueños del dinero” y eso lo aplicamos a la vida. Creer que podemos “comprar” o “mantener” la vida porque tenemos dinero para pagar. Pero la muerte está ahí. Y tenemos que aceptar, aunque nos cueste, que *no somos tan dueños de nada como nos imaginábamos*. De lo que menos dueños somos es de la propia vida. ¡Somos hechura de barro! Somos fragilidad. Nos podemos romper antes de lo previsto y por la parte menos prevista...
- Somos modelados por Dios, no modeladores de Dios. Pero esa tentación de ser como Dios la llevamos dentro. Y siempre nos topamos con una realidad, expulsados de aquello que soñamos ser y que es nada más que un auto-engaño (Gn 1,26-27; 2,7; 3,1-24).

3. Darse tiempo para descubrir la idea de Dios que se manifiesta en las intervenciones que hayan salido.

- Quede claro, la creatura, el creyente, no construye a Dios ni lo modela según su manera de pensar. Puede ser bueno leer la impaciencia de los israelitas cuando Moisés tardaba de bajar del monte, y esto les llevó a construir el becerro de oro (Ex 32 y 33). Sobre este tema de los caminos largos para cambiar el corazón es bueno leer Ex 13,17-18. El camino largo sirve para “dejar” aquello en lo que nos refugiamos y con lo que nos revestimos para defendernos ante lo que pueda pasar. Tendemos a asegurar todo para tener todo controlado y a salvo. Pero un virus nos ha descontrolado todo. “Los israelitas habían salido de Egipto pertrechados” (v. 18). Pero, en el desierto, tuvieron que dejar sus seguridades para redescubrir que Dios era su seguridad.

- En el NT, Jesús lanzó su voz contra una generación que no era capaz de abrirse y

entender lo que está delante de sus ojos (Mt 17,17; Lc 9,41).

Es posible que la sesión tenga que acabar aquí, para dejar que las cosas calen en el corazón. Es una decisión que tiene que tomar el catequista.

4. Proclamación de Juan 9,1-11.

Introducir el texto de Juan como texto bautismal del cuarto domingo de Cuaresma, ciclo A. A los catecúmenos se les presenta a Jesús con poder sobre el mal de la ceguera y realizando unciones como las que los catecúmenos reciben. El mismo Jesús que cura al ciego para que vea, ha intervenido sus vidas para abrirles los ojos y provocarlos con una pregunta: *¿Quién es para que crea? Soy yo, que hablo contigo.*

Y al pasar, vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: «Maestro, ¿quién pecó: este o sus padres, para que naciera ciego?». Jesús contestó: «Ni este pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios. Mientras es de día

tengo que hacer las obras del que me ha enviado: viene la noche y nadie podrá hacerlas. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo». Dicho esto, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado)». Él fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: «¿No es ese el que se sentaba a pedir?». Unos decían: «El mismo». Otros decían: «No es él, pero se le parece». Él respondía: «Soy yo». Y le preguntaban: “¿Y cómo se te han abierto los ojos?”. Él contestó: «Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, me lo untó en los ojos y me dijo que fuese a Siloé y que me lavase. Entonces fui, me lavé, y empecé a ver».

5. Tiempo de acogida de la Palabra.

Releer el texto, subrayarlo. Anotar en el cuaderno personal preguntas. A diferencia del texto de Lc 13,1-5, aquí se hace la pregunta explícita: “¿quién pecó?”. Hacer referencias a la catequesis precedente de la torre de Siloé.

6. Ayudar a entender la Palabra. Todo parte de una pregunta: *¿Quién pecó?* La enfermedad, el mal, en la mentalidad de los discípulos, es consecuencia de un pecado (Cfr. lo visto ya en catequesis precedentes). De nuevo Jesús desmonta esa concepción. Lo que Jesús anuncia aquí como realidad nueva es que en la enfermedad y en el mal “se manifiesta” el poder de Dios. Esto nos desconcierta del todo. De hecho, él manifiesta delante de sus discípulos el poder de Dios, que está en él, al curar al ciego de nacimiento. Hace barro con su saliva (saliva, elemento tan personal, que no se da a cualquiera), mezclada con barro (que recuerda el material frágil del que estamos hechos). La identidad de Jesús (saliva) sirve de unguento sanador sobre los ojos del que no ve. Pero la unción no trae matemáticamente la sanación. No estamos ante “ritos de magia”. La sanación llega tras un ejercicio de obediencia y confianza del ciego en Jesús. El ungido tiene que obedecer e ir a lavarse a la piscina. Ahí, después de confiar y obedecer, encuentra sanación.

En Mc 7,31-34, Jesús usa también saliva que pone en la lengua del sordomudo. Jesús no da respuesta a la pregunta inicial: *¿por qué?* Novedosamente *nos abre a todos los ojos y anuncia que en el mal resplandece la acción de Dios.*

Así se acerca el creyente ante el mal: lo reconoce, se arremanga para hacer algo y *eso que hace es la gloria de Dios que resplandece en medio del mal, porque el creyente no huye, porque se para ante el samaritano, porque se acerca, porque resplandece más el amor que el miedo y la huida. Y Dios es amor.*

Por la acción de Jesús, el ciego recupera la visión (Dios ha vencido al mal; como será vencida la muerte de su Hijo al tercer día). El ciego no solo comienza a ver, sino que se abre a la confesión de fe = acepta a Dios en el que le ha curado (vv. 37-38). El mal es lugar de acción de Dios, de resplandor de la bondad de Dios en los gestos de hombres y mujeres de buena voluntad que revelan el amor de Dios y nos enseñan a ver y a ser “de otra manera”.

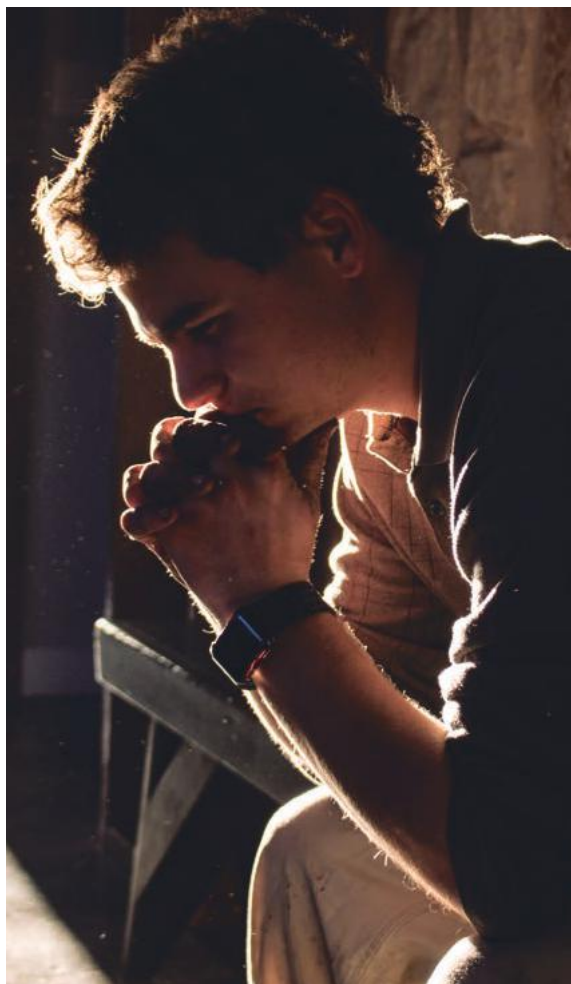
7. Una reflexión. ¿Cómo percibimos que se está manifestando hoy en nuestra situación la bondad y el poder de Dios? ¿Qué gestos reveladores de la misericordia de Dios en medio de nosotros y por otras personas estamos palpando en hombres y mujeres, también de fuera de los confines de la Iglesia, que son protagonistas de pequeños y grandes heroísmos de amor y solidaridad? ¿Cómo hoy la originalidad de cada uno –su saliva- ayuda a sanar el barro –fragilidad– de otros?

También es interesante ir al *Catecismo de la Iglesia Católica* 1145-1155 y 1667-1673 para reflexionar sobre los sacramentales, los signos y los símbolos. ¿Qué experiencia personal tenemos de preguntas que le hacemos a Dios y nos responde “con otras cosas”? ¿Qué manera nueva de ver nos está proporcionado lo que vivimos?

8. Rezar. Si se lee completo el capítulo 11 de san Juan, se puede hacer un credo personal. Una oración penitencial es aconsejable ante “las

- La curación del ciego de nacimiento -

desobediencias” a Dios porque hay cosas que omitimos porque nos parecen “tonterías”: ir a lavarnos en tal sitio. Rezar oraciones de alguno de los exorcismos del RICA. Proclamar el salmo 91(90). Una oración de gratitud: En las personas que arriesgan su vida para salvar vidas. *Tu bondad se nos revela.*



Para ir más allá

Manifestación de Dios en la cruz

En la muerte de Jesús en cruz se manifiesta la bondad de Dios:

- Perdona a los que le hacen el mal: “Perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34)
- Acoge la oración del ladrón arrepentido:

“Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23,43)

- Confía en el Padre: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46)
- Confesión de fe del centurión y los suyos: “Verdaderamente este era Hijo de Dios” (Mt 27,54)

Textos bíblicos

Isaías 55,6-11

¡Busquen al Señor mientras se deja encontrar, invóquenlo mientras está cerca! Que el malvado abandone su camino, y el malhechor sus planes; que se convierta al Señor, y él tendrá piedad, a nuestro Dios, que es rico en perdón. Porque mis planes no son sus planes, sus caminos no son mis caminos –oráculo del Señor–. Cuanto dista el cielo de la tierra, así distan mis caminos de los suyos, y mis

planes de sus planes. Como bajan la lluvia y la nieve desde el cielo, y no vuelven allá sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que cumplirá mi deseo y llevará a cabo mi encargo.

2 Reyes 5,1-15

Hechos de los apóstoles 8,26-39

Para orar

Abrir los ojos...

Abrir los ojos a la fragilidad que somos,
aunque nos creamos grandes.

Abrir los ojos a las relaciones familiares y
a la convivencia.

Abrir los ojos a estar sin hablar,
o a estar para hablar, ambas cosas
importantes.

Abrir los ojos a la necesidad de escucha,
de sencillamente “estar” sin posibilidad
de decir

“vamos a salir a airearnos, a dar un
paseo”.

Abrir los ojos a la cantidad de gestos
pequeños de solidaridad...

Abrir los ojos a la cantidad de hombres y
mujeres

que están “saliendo” para que la vida no se
pare del todo.

Abrir los ojos a lo que creíamos que no
podríamos hacer,

y lo podemos hacer: estar sencillamente en
casa,

habitar la casa, hacer las cosas que
posponemos hacer siempre.

Abrir los ojos para cerrarlos y no echar leña
al fuego en la convivencia.

Señor, gracias porque te pusiste en mi camino y untaste con la saliva de tu identidad la
identidad de mi barro frágil. Así me haces fuerte.

Señor, gracias porque me dejas que sea responsable y me defienda con fuerza y
argumentos ante los que me piden que diga “negro donde es blanco” y sé mantener mi fe.

Señor, gracias porque una y otra vez sales a mi encuentro y me espetas: ¿Crees en mí?

Gracias, Señor, por invitarme a creer en ti, a cambiar la manera de vivir, a ver no solo por la razón, sino más allá de la razón.

Gracias, Señor, por invitarme a pasar por la vida descubriendo que en todo se manifiesta la gloria de Dios si sabemos mirar y descubrirte y dejar bien claro quiénes son los que no quieren ver, porque solo ven lo que quieren.

Exsultate et gaudete, Exhortación Apostólica del papa Francisco (Nº 6-9)

No pensemos solo en los ya beatificados o canonizados. El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios, porque «fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente». El Señor, en la historia de la salvación, ha salvado a un pueblo. No existe identidad plena sin pertenencia a un pueblo. Por eso nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en

la comunidad humana: Dios quiso entrar en una dinámica popular, en la dinámica de un pueblo.

Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: en los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado», de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, «la clase media de la santidad».

Dejémonos estimular por los signos de santidad que el Señor nos presenta a través de los más humildes miembros de ese pueblo que «participa también de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y caridad». Pensemos, como nos sugiere santa Teresa Benedicta de la Cruz, que a través de muchos de ellos se construye la verdadera historia: «En la noche más oscura surgen los más grandes profetas y los santos. Sin embargo, la corriente vivificante de la vida mística permanece invisible. Seguramente, los acontecimientos decisivos de la historia del mundo fueron esencialmente

influenciados por almas sobre las cuales nada dicen los libros de historia. Y cuáles sean las almas a las que hemos de agradecer los acontecimientos decisivos de nuestra vida personal, es algo que solo sabremos el día en que todo lo oculto será revelado».

La santidad es el rostro más bello de la Iglesia. Pero aun fuera de la Iglesia Católica y en ámbitos muy diferentes, el Espíritu suscita «signos de su presencia, que ayudan a los mismos discípulos de Cristo».

Papa san Juan Pablo II

Por otra parte, san Juan Pablo II nos recordó que «el testimonio ofrecido a Cristo hasta el derramamiento de la sangre se ha hecho patrimonio común de católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes». En la hermosa conmemoración ecuménica que él quiso celebrar en el Coliseo, durante el Jubileo del año 2000, sostuvo que los mártires son «una herencia que habla con una voz más fuerte que la de los factores de división».



Anexo

1. El Catecismo de la Iglesia Católica

a) Reconocer el poder del mal y la necesidad de orar

Lo primero de todo que conviene recordar es que la oración primera y principal de los cristianos de todas las confesiones, el *Padrenuestro*, nos tiene habituados a rezar: “*Líbranos de todo mal*”. Esta petición se une a la que Jesús expresó en los momentos de su despedida: “No te pido que los retires del mundo, sino que los libres del Maligno” (*Jn 17,15*). En esta petición, el mal no es una abstracción, sino que designa a una persona, Satanás, el Maligno, el ángel que se opone a Dios. El “diablo” (*diá-bolos*) es aquél que “se atraviesa” en el designio de Dios y su obra de salvación cumplida en Cristo”¹.

Es cierto que Cristo ha vencido “al príncipe de este mundo” con su resurrección. Pero es cierto que como, dice el libro del *Apocalipsis* (12,13-17) “él

está persiguiendo” al resto de sus hijos. No ha vencido a la Mujer, y hace la guerra a sus hijos. Por eso la Iglesia ora y suplica.

“Al pedir ser liberados del Maligno, oramos igualmente para ser liberados de todos los males, presentes, pasados y futuros de los que él es autor o instigador. En esta última petición, la Iglesia presenta al Padre todas las desdichas del mundo. Con la liberación de todos los males que abruma a la humanidad, implora el don precioso de la paz y la gracia de la espera perseverante en el retorno de Cristo. Orando así, anticipa en la humildad de la fe la recapitulación de todos y de todo en Aquél que “tiene las llaves de la Muerte y del Hades” (*Ap 1,18*), “el Dueño de todo, Aquel que es, que era y que ha de venir” (*Ap 1,8*; cf *Ap 1,4*):

¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2851.

«Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo» (Rito de la Comunión [Embolismo]: Misal Romano)².

b) “La providencia y el escándalo del mal”

309. Si Dios Padre todopoderoso, Creador del mundo ordenado y bueno, tiene cuidado de todas sus criaturas, ¿por qué existe el mal? A esta pregunta tan apremiante como inevitable, tan dolorosa como misteriosa no se puede dar una respuesta simple. El conjunto de la fe cristiana constituye la respuesta a esta pregunta: la bondad de la creación, el drama del pecado, el amor paciente de Dios que sale al encuentro del hombre con sus Alianzas, con la Encarnación redentora de su Hijo, con el don del Espíritu, con la congregación de la Iglesia, con la fuerza de los sacramentos, con la

llamada a una vida bienaventurada que las criaturas son invitadas a aceptar libremente, pero a la cual, también libremente, por un misterio terrible, pueden negarse o rechazar. *No hay un rasgo del mensaje cristiano que no sea en parte una respuesta a la cuestión del mal.*

310. Pero ¿por qué Dios no creó un mundo tan perfecto que en él no pudiera existir ningún mal? En su poder infinito, Dios podría siempre crear algo mejor (cf. santo Tomás de Aquino, *S. Th.*, 1, q. 25, a. 6). Sin embargo, en su sabiduría y bondad infinitas, Dios quiso libremente crear un mundo "en estado de vía" hacia su perfección última. Este devenir trae consigo en el designio de Dios, junto con la aparición de ciertos seres, la desaparición de otros; junto con lo más perfecto lo menos perfecto; junto con las construcciones de la naturaleza también las destrucciones. Por tanto, con el bien físico existe también *el mal físico*, mientras la creación no haya alcanzado su perfección (cf. Santo Tomás de

Aquino, *Summa contra gentiles*, 3, 71).

311. Los ángeles y los hombres, criaturas inteligentes y libres, deben caminar hacia su destino último por elección libre y amor de preferencia. Por ello pueden desviarse. De hecho pecaron. Y fue así como *el mal moral* entró en el mundo, incomparablemente más grave que el mal físico. Dios no es de ninguna manera, ni directa ni indirectamente, la causa del mal moral, (cf. San Agustín, *De libero arbitrio*, 1, 1, 1: PL 32, 1221-1223; Santo Tomás de Aquino, *S. Th.* 1-2, Q. 79, a. 1). Sin embargo, lo permite, respetando la libertad de su criatura, y, misteriosamente, sabe sacar de él el bien:

«Porque el Dios todopoderoso [...] por ser soberanamente bueno, no permitiría jamás que en sus obras existiera algún mal, si Él no fuera suficientemente poderoso y bueno para hacer surgir un bien del mismo mal» (San Agustín, *Enchiridion de fide, spe et caritate*, 11, 3).

312. Así, con el tiempo, se puede descubrir que Dios, en su providencia

todopoderosa, puede sacar un bien de las consecuencias de un mal, incluso moral, causado por sus criaturas: "No fueron ustedes, dice José a sus hermanos, los que me enviaron acá, sino Dios [...] aunque ustedes pensaron hacerme daño, Dios lo pensó para bien, para hacer sobrevivir [...] un pueblo numeroso" (*Gn* 45,8; 50,20; cf *Tb* 2,12-18 vulg.). Del mayor mal moral que ha sido cometido jamás, el rechazo y la muerte del Hijo de Dios, causado por los pecados de todos los hombres, Dios, por la superabundancia de su gracia (cf. *Rm* 5, 20), sacó el mayor de los bienes: la glorificación de Cristo y nuestra Redención. Sin embargo, no por esto el mal se convierte en un bien.

313. "En todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman" (*Rm* 8,28). El testimonio de los santos no cesa de confirmar esta verdad:

Así santa Catalina de Siena dice a "los que se escandalizan y se rebelan por lo que les sucede": "Todo procede del amor, todo está ordenado a la salvación

del hombre, Dios no hace nada que no sea con este fin" (*Dialoghi*, 4, 138).

Y santo Tomás Moro, poco antes de su martirio, consuela a su hija: "Nada puede pasarme que Dios no quiera. Y todo lo que Él quiere, por muy malo que nos parezca, es en realidad lo mejor" (*Carta de prisión*; cf. Liturgia de las Horas, III, Oficio de lectura 22 junio).

Y Juliana de Norwich: "Yo comprendí, pues, por la gracia de Dios, que era preciso mantenerme firmemente en la fe [...] y creer con no menos firmeza que todas las cosas serán para bien [...] Tú misma verás que todas las cosas serán para bien" ("*Thou shalt see thyself that all manner of thing shall be well*" (Revelation 13, 32).

314. Creemos firmemente que Dios es el Señor del mundo y de la historia. Pero los caminos de su providencia nos son con frecuencia desconocidos. Sólo al final, cuando tenga fin nuestro conocimiento parcial, cuando veamos a Dios "cara a

cara" (1 Co 13,12), nos serán plenamente conocidos los caminos por los cuales, incluso a través de los dramas del mal y del pecado, Dios habrá conducido su creación hasta el reposo de ese Sabbath (cf. Gn 2,2) definitivo, en vista del cual creó el cielo y la tierra³.

2. Textos del Concilio Vaticano II: Gaudium et Spes

El pecado

13. Creado por Dios en la justicia, el hombre, sin embargo, por instigación del demonio, en el propio exordio de la historia, abusó de su libertad, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios. Conocieron a Dios, pero no le glorificaron como a Dios. Obscurecieron su estúpido corazón y prefirieron servir a la criatura, no al Creador. Lo que la Revelación divina nos dice coincide con la experiencia. El hombre, en efecto, cuando examina su corazón, comprueba su inclinación al mal y se siente anegado por muchos males, que no pueden tener origen en su santo Creador. Al negarse con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompe el hombre la debida subordinación a su fin último, y también toda su ordenación tanto por lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los demás y con el resto de la creación.

Es esto lo que explica la división íntima del hombre. Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Más todavía, el hombre se nota incapaz de domeñar con eficacia por sí solo los ataques del mal, hasta el punto de sentirse como aherrojado entre cadenas. Pero el Señor vino en persona para liberar y vigorizar al hombre, renovándole interiormente y expulsando al príncipe de este mundo (cf. *Jn 12,31*), que le retenía en la esclavitud del pecado. El pecado rebaja al hombre, impidiéndole lograr su propia plenitud.

A la luz de esta Revelación, la sublime vocación y la miseria profunda que el hombre experimenta hallan simultáneamente su última explicación.

Deformación de la actividad humana por el pecado

37. La Sagrada Escritura, con la que está de acuerdo la experiencia de los siglos, enseña a la familia humana que el progreso altamente beneficioso para el hombre también encierra, sin embargo, gran tentación, pues los individuos y las colectividades, subvertida la jerarquía de los valores y mezclado el bien con el mal, no miran más que a lo suyo, olvidando lo ajeno. Lo que hace que el mundo no sea ya ámbito de una auténtica fraternidad, mientras el poder acrecido de la humanidad está amenazando con destruir al propio género humano.

A través de toda la historia humana existe una dura batalla contra el poder de las tinieblas, que, iniciada en los orígenes del mundo, durará, como dice el Señor, hasta el día final. Enzarzado en esta pelea, el hombre ha de luchar continuamente para acatar el bien, y sólo a costa de grandes esfuerzos, con la ayuda de la gracia de Dios, es capaz de establecer la unidad en sí mismo.

Por ello, la Iglesia de Cristo, confiando en el designio del Creador, a la vez que reconoce

que el progreso puede servir a la verdadera felicidad humana, no puede dejar de hacer oír la voz del Apóstol cuando dice: No queráis vivir conforme a este mundo (*Rm 12,2*); es decir, conforme a aquel espíritu de vanidad y de malicia que transforma en instrumento de pecado la actividad humana, ordenada al servicio de Dios y de los hombres.

A la hora de saber cómo es posible superar tan deplorable miseria, la norma cristiana es que hay que purificar por la cruz y la resurrección de Cristo y encauzar por caminos de perfección todas las actividades humanas, las cuales, a causa de la soberbia y el egoísmo, corren diario peligro. El hombre, redimido por Cristo y hecho, en el Espíritu Santo, nueva criatura, puede y debe amar las cosas creadas por Dios. Pues de Dios las recibe y las mira y respeta como objetos salidos de las manos de Dios. Dándole gracias por ellas al Bienhechor y usando y gozando de las criaturas en pobreza y con libertad de espíritu, entra de veras en

posesión del mundo como quien nada tiene y es dueño de todo: *Todo es de ustedes; ustedes son de Cristo, y Cristo es de Dios (1 Cor 3,22-23)*.

Perfección de la actividad humana en el misterio pascual

38. El Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, hecho Él mismo carne y habitando en la tierra, entró como hombre perfecto en la historia del mundo, asumiéndola y recapitulándola en sí mismo. Él es quien nos revela que Dios es amor (*1 Jn 4,8*), a la vez que nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana, es el mandamiento nuevo del amor. Así, pues, a los que creen en la caridad divina les da la certeza de que abrir a todos los hombres los caminos del amor y esforzarse por instaurar la fraternidad universal no son cosas inútiles. Al mismo tiempo advierte que esta caridad no hay que buscarla únicamente en los acontecimientos importantes, sino, ante todo, en la vida ordinaria. Él, sufriendo la muerte por todos nosotros, pecadores, nos enseña con su ejemplo a llevar la cruz que la carne y el mundo echan sobre los hombros de los que buscan la paz y la justicia.

Constituido Señor por su resurrección, Cristo, al que le ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, obra ya por la virtud de su Espíritu en el corazón del hombre, no sólo despertando el anhelo del siglo futuro, sino alentando, purificando y robusteciendo también con ese deseo aquellos generosos propósitos con los que la familia humana intenta hacer más llevadera su propia vida y someter la tierra a este fin. Más los dones del Espíritu Santo son diversos: si a unos llama a dar testimonio manifiesto con el anhelo de la morada celestial y a mantenerlo vivo en la familia humana, a otros los llama para que se entreguen al servicio temporal de los hombres, y así preparen la materia del reino de los cielos. Pero a todos los libera, para que, con la abnegación propia y el empleo de todas las energías terrenas en pro de la vida, se proyecten hacia las realidades futuras, cuando la propia humanidad se convertirán en oblación acepta a Dios.

El Señor dejó a los suyos prenda de tal esperanza y alimento para el camino en aquel sacramento de la fe en el que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, se convierten en el cuerpo y sangre gloriosos con la cena de la comunión fraterna y la degustación del banquete celestial.

Tierra nueva y cielo nuevo

39. Ignoramos el tiempo en que se hará la consumación de la tierra y de la humanidad. Tampoco conocemos de qué manera se transformará el universo. La figura de este mundo, afeada por el pecado, pasa, pero Dios nos enseña que nos prepara una nueva morada y una nueva tierra donde habita la justicia, y cuya bienaventuranza es capaz de saciar y rebasar todos los anhelos de paz que surgen en el corazón humano. Entonces, vencida la muerte, los hijos de Dios resucitarán en Cristo, y lo que fue sembrado bajo el signo de la debilidad y de la corrupción, se revestirá de incorruptibilidad, y, permaneciendo la caridad y sus obras, se verán libres de la servidumbre de la vanidad todas las criaturas, que Dios creó pensando en el hombre.

Se nos advierte que de nada le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo. No obstante, la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios.

Pues los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad; en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y trasfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal: "reino de verdad y de vida;

reino de santidad y gracia; reino de justicia, de amor y de paz". El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección.

**Palabras de Mons. Antonio Gómez,
Obispo de Teruel-Albarracín (Aragón.
España)⁴**

La inusitada efervescencia

Es de noche, domingo. Mientras escribo, llueve como si se regenerase la ciudad vaciada a causa de la pandemia. Hoy ha sido el primer día donde todas las iglesias de nuestra diócesis (como de tantas otras) no se han abierto, a pesar de ser domingo. Me atrevería a decir que la unanimidad de las personas creyentes lo han entendido responsablemente. Quizás, alguna, que han hecho de su fe una costumbre atávica, no tanto.

Algunos sacerdotes se han puesto muy nerviosos y nos han llenado los medios habituales, con los que nos solemos comunicar, de oraciones, llamadas a rezar, la posibilidad de seguir la Misa por *streaming*, es

decir en directo vía web, nos han enviado link, o sea un enlace o conexión, para poder ver el Santísimo expuesto ... y algún otro ha salido a dar un paseo por las calles con la custodia como si se tratara del Corpus Christi (y me pregunto con qué permiso, porque para muchas cosas somos muy estrictos y para otras no tanto.)

Todo este bombardeo me suscita muchas preguntas, ¿No parece que tratamos a las personas creyentes como que no supieran rezar y deben de depender del clero para hacerlo? ¿Qué hemos hecho hasta ahora, tenerlos de espectadores? ¿Nos os parece que tanta Misa por las pantallas mantiene a las personas en la pasividad de mirar? ¿O es que queremos justificar nuestro sacerdocio? ¿Es que los servicios religiosos de las televisiones y las radios no son suficientes? Hasta ahora sí lo han sido. ¿Qué es más importante, un rato de oración o de lectio divina con la Palabra, o mirar una misa por una pantalla?

Me han llegado ejemplos de jóvenes que

⁴ <https://www.iglesiaenaragon.com/la-inusitada-efervescencia>

en el piso de estudiantes se han reunido para leer la Palabra y orar por las necesidades más urgentes. Se de familias con niños que han colocado sobre un mantel blanco, una vela y una Biblia abierta y han rezado juntos, escuchando la Palabra de Dios. Alguna persona se ha encerrado en su habitación y leyendo “el evangelio de cada día” ha guardado un silencio reparador. Una joven me dijo que entró en internet y buscó “lecturas de hoy” y rezó con ellas y con la reflexión que traían. Alguna familia anciana, a la hora de la misa del pueblo se han puesto a rezar el rosario por todos los que sufren y nos ayudan. Una mujer me decía: busqué el silencio y me uní a aquellos que en algún lugar del mundo estaban en comunidad celebrando la Eucaristía. No necesitaron retransmisiones. Además, sabemos que una pantalla nunca te ayudará a recogerte, ¡y es tan necesario! Todos los creyentes son personas adultas, y se saben sacar las castañas del fuego, aunque muchas veces no los tratemos así. La persona que cree reza y sabe hacerlo.

Este tiempo de gracia, también sirve para que nosotros los presbíteros y diáconos paremos un poco, reflexionemos y reconstruyamos nuestra vida pastoral, oremos más

intensamente, pongamos lentitud entre tanto activismo, leamos aquel libro que dejamos a medio empezar en el estante de nuestra librería, celebremos la Eucaristía en pacífica y desierta soledad, reflexionemos y sanemos las heridas que vamos dejando abiertas, en definitiva, busquemos lo esencial de nuestro ministerio.

Parece que algunos tenemos miedo al vacío, si no se nos ve o se nos escucha, y olvidamos que una de nuestras tareas es la oración por los demás, o vicaria. Tendremos que medir cuánto hay en todo este despliegue mediático de un afán insuperable de protagonismo. La Santa Misa es muy grande para ser vivida en comunidad, las emitidas solo son para las personas enfermas e impedidas. Dejemos de bombardear a las buenas personas con todo tipo de reflexiones, estampas, videos y oraciones, que parecemos más acomerciales de lo religioso, que a personas de Dios.

En esto también somos consumistas, eso que tanto criticamos, y además favorecemos. Todo este despliegue

pienso que responde a este tipo de pastoral, poco pensada a la luz del Evangelio. ¡Hay tantas mujeres y hombres creyentes en el mundo, que celebran la Eucaristía de ciento en ciento cuando pasa el misionero (a veces meses) y viven su fe con gran integridad! Pero nosotros somos de los ricos, también consumistas de lo religioso, con derecho a que no nos falte la Misa, aunque sea televisada.

Ayunemos también de sonidos e imágenes en esta cuaresma tan real y de desierto. Miremos nuestro interior y hagamos silencio es donde nos habla Dios. Vivamos la intensidad de la pobreza, como ellos, porque al final tanto aluvión de mensajes es como la lluvia que cae que ni empapa la tierra ni da frutos.

¡Ánimo y adelante!

Letanías de los Santos

Señor, ten piedad. Señor, ten piedad.
Cristo, ten piedad. Cristo, ten piedad.
Señor, ten piedad. Señor, ten piedad.
Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros.

San Miguel, ruega por nosotros
Santos ángeles de Dios, rueguen por nosotros.
San Juan Bautista, ruega por nosotros.
San José, ruega por nosotros.
Santos Pedro y Pablo, rueguen por nosotros.
San Andrés, ruega por nosotros.
San Juan, ruega por nosotros.
Santa María Magdalena, ruega por nosotros.
San Esteban, ruega por nosotros.
San Ignacio de Antioquía, ruega por nosotros.
San Lorenzo, ruega por nosotros.
Santas Perpetua y Felicidad, rueguen por nosotros.
Santa Inés, ruega por nosotros.
San Gregorio, ruega por nosotros.
San Agustín, ruega por nosotros.
San Atanasio, ruega por nosotros.

San Basilio, ruega por nosotros.
San Martín, ruega por nosotros.
San Benito, ruega por nosotros.
Santos Francisco y Domingo, rueguen por nosotros.
San Francisco Javier, ruega por nosotros.
San Juan María Vianney, ruega por nosotros.
Santa Catalina de Siena, ruega por nosotros.
Santa Teresa de Ávila, ruega por nosotros.
San Raimundo de Peñarfort, ruega por nosotros.
San Alberto Hurtado, ruega por nosotros.
Santa Teresa de Los Andes, ruega por nosotros.
Beata Laura Vicuña, ruega por nosotros.
Beato Ceferino Namuncurá, ruega por nosotros.
Santos y Santas de Dios, rueguen por nosotros.
Muéstrate propicio, líbranos, Señor.

De todo mal, líbranos, Señor.
De todo pecado, líbranos, Señor.
De la muerte eterna, líbranos, Señor.
Por tu encarnación, líbranos, Señor.
Por tu muerte y resurrección, líbranos, Señor.
Por el envío del Espíritu Santo, líbranos,
Señor.

Nosotros, que somos pecadores, te rogamos,
óyenos.
Jesús, Hijo de Dios vivo, te rogamos, óyenos.
Cristo, óyenos
Cristo, óyenos.
Cristo, escúchanos. Cristo, escúchanos.

****Puede terminarse con un Padre Nuestro.***



ARZOBISPADO
DE SANTIAGO
VICARÍA PARA LA PASTORAL
DEPARTAMENTO DE CATEQUESIS

*Catequesis bíblicas para vivir como
cristianos en tiempos de sufrimiento*



ARZOBISPADO
DE SANTIAGO
VICARÍA PARA LA PASTORAL
DEPARTAMENTO DE CATEQUESIS